hijos suyos y obra de su paternal vigilancia y solicitud son D. Antonio Gómez Restrepo, á mi parecer humilde el más alto de nuestros poetas contemporáneos, amén de escritor de primera nota, literato de tomo y lomo, orador de lo que ya casi no se usa; D. Jorge, traductor meritísimo de poetas extranjeros; una santa religiosa, y una señorita cuyo valer se declara, según la frase de Luis XIV, con que nadie hable de ella, pero de quien se puede decir que ha sido ejemplar de buena hija, que es como decir, de toda perfección natural y sobrehumana.

“No hago cuenta de RUPERTO, mi discípulo é hijo espiritual, arrebatado en buena hora para él, en mala para la República, y en quien fincábamos sus maestros y amigos las más lisonjeras esperanzas.”

* * *

A los compañeros de labor, á los discípulos antiguos y nuevos, decimos de todo corazón la palabra de esperanza :
SURSUM!

SODALIS

EL LUJO

(DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS)

Señor Rector, señores :

Me corresponde hoy el honor, por muchas razones indeclinable, de tomar parte activa en esta hermosa fiesta, que bien se puede llamar la fiesta tradicional de los deberes cumplidos y las conciencias satisfechas.

Son ya palpables los resultados, á todas luces benéficos, de la labor consumada durante el presente año escolar, en este glorioso Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Quienes han tomado parte en aquélla y han de entrar mañana en el período del descanso, reparador de

sus fuerzas, disfrutarán de éste con la tranquilidad que el bien obrar imprime en el espíritu.

El señor Rector, el señor Vicerrector, los señores catedráticos y los demás empleados de este noble plantel, al contemplar los frutos de virtud y de verdad alcanzados mediante sus esfuerzos, experimentan sin duda en estos momentos solemnes el íntimo y sereno regocijo que en sus almas infunde el buen éxito en el ejercicio de la excelsa misión del magisterio.

Los señores alumnos, quienes han cumplido lealmente con las obligaciones que les imponen los sabios reglamentos de este histórico claustro y han dado un paso más en el cultivo de sus inteligencias, vuelven á sus hogares con sus corazones en un todo abiertos á lo bueno, inspirados en los elevados ideales de la filosofía cristiana y movidos por la alegría vívida y fecunda que lleva al ánimo la satisfacción de aspiraciones generosas.

Son esos los triunfos apacibles y trascendentales por los cuales elevo mi felicitación entusiasta y sincera al señor Rector, á sus dignos colaboradores y á los señores alumnos.

Quizá sea propio de esta solemnidad tratar en ella del lujo. El tema es en verdad muy viejo, pero no por esto deja de ser siempre importante, y en todo caso juzgo conveniente refrescar algunas ideas sobre la materia.

Me propongo sólo acomodar para esta ocasión las nociones que he expuesto con sencilla buena voluntad en la cátedra que tengo el honor de ocupar, y quedaré satisfecho si, en la muy somera exposición que me propongo hacer, logro un humilde contingente de claridad en asunto tan ocasionado á dudas y confusiones y aun á controversias.

Es claro que la cuestión del lujo tiene que ser contemplada á la luz de la moral y de la economía política al mismo tiempo. Porque tratándose de actos humanos, y radicando, como radican, en la naturaleza del hombre la ley moral y las leyes económicas, el lujo cae bajo la jurisdicción

ción de ambas ciencias á la vez, y hacerlo objeto exclusivo de la una ó de la otra, como se ha pretendido, sería mutilar, por decirlo así, la materia de estudio, pues de ese modo se le suprimiría una ú otra de sus condiciones esenciales.

Se ha dicho que el lujo es la *satisfacción de las necesidades superfluas*. En rigor científico, parece incorrecta esta definición, porque siendo la naturaleza humana eminentemente progresiva en punto al desarrollo de sus facultades y fijándose en el hombre las costumbres, cualesquiera que sean su clase y su origen, de modo de llegar á constituir en él una segunda naturaleza y de convertirse ellas, por lo consiguiente, en causa de necesidades más ó menos imperiosa, no son admisibles las llamadas necesidades superfluas. Se podría interpretar la definición en el sentido de que ella distingue las necesidades esenciales, es decir, aquellas sin la satisfacción de las cuales es imposible la existencia y el desarrollo del individuo, y las que nacen de la vida de relación, á las cuales se les suele denominar *sociales ó ficticias*; pero en ese caso es preciso observar también que unas y otras arraigan en la naturaleza del hombre, y que las últimas llegan á cobrar importancia extraordinaria. La beneficencia y la moda, por ejemplo, reemplazan en ocasiones, en ciertos individuos y á lo menos parcialmente, á algunas de las necesidades del orden fisiológico. Y si estas observaciones estuvieren desprovistas de fundamento, ¿qué base segura de criterio existe para distinguir en cada caso las necesidades superfluas de las que no hubieren de tener ese carácter?

Las expresiones *lo suntuoso, lo fastuoso, lo costoso* y otras semejantes, con que de ordinario se define el lujo, expresan ideas relativas y carecen por eso de precisión. Es, por lo tanto, muy difícil, si no imposible, saber cuándo se pueden aplicar correctamente esos calificativos á la cantidad ó á la calidad de los consumos.

El lujo, dice el ilustre publicista Paul Leroy-Beaulieu, "consiste en aquella parte de superfluo que excede á lo

que la generalidad de los habitantes de un país, en un tiempo determinado, considera como esencial, no solamente para las necesidades de la existencia, sino para la decencia y las distracciones de la vida." Esta definición, si bien es verdad que presenta la idea del lujo con el carácter de noción relativa que realmente tiene, participa de la vaguedad de que adolecen, más ó menos, todas las definiciones que se dan de aquél; y esto es así, porque *lo superfluo y lo esencial para la vida* son cosas indeterminadas, á causa de que las necesidades de los individuos y aun de los grupos sociales cambian permanentemente con las circunstancias de todo género, dentro de una época dada, por reducida que se la suponga. Y así lo reconoce el distinguido profesor citado, cuando, al proponer su definición, dice: "Lo malo es buscar una fórmula absoluta para una cosa tan relativa, ondulante y variable."

Este concepto de Leroy-Beaulieu es, á mi juicio, concluyente. Lo que para los pueblos medianamente civilizados representa simples elementos de comodidad y conveniencia, como las habitaciones higiénicas y bien dispuestas, los muebles y utensilios de todas clases, ciertos vestidos, los alimentos más ó menos sazonados, etc., es lujo excesivo para los pueblos primitivos ó las sociedades incipientes; los tapices más ó menos artísticos, la ornamentación en las habitaciones, los espejos, los manjares y las bebidas delicadas, los vestidos elegantes, etc., que para las gentes acomodadas y de ciertos hábitos de cultura constituyen necesarios medios de decencia, comodidad é higiene, son lujo incomparable para las gentes de vivir sencillo y de recursos reducidos; las obras de arte, las flores, la música, la literatura, que para las clases de cierta educación estética corresponden á necesidades tan esenciales como las del orden físico, son lujo incomprensible para las clases ignorantes; lo que hoy es costoso, fastuoso, suntuoso, es decir, de lujo, deja de serlo mañana á virtud del desarrollo mental de los individuos y del desarrollo mental y material de los di-

versos medios sociales y á virtud del progreso industrial. Luego es muy difícil en lo general, y en muchos casos imposible, encontrar una línea precisa de demarcación entre lo que se denomina consumos necesarios y lo que en el común sentir constituye el lujo. De ahí el que la noción de éste aparezca siempre vaga al entendimiento y el que las definiciones que se ensayan resulten á menudo ocasionadas á confusión.

Sin embargo, talvez sea aceptable decir que *el lujo consiste en el incremento de la cantidad ó la calidad de los consumos sobre lo ordinario en un tiempo dado, determinando aquél por tendencias varias y de orígenes diversos que se desarrollan en los individuos y en los distintos grupos sociales.*

Sea lo que fuere, en lo que comúnmente se denomina lujo se distinguen claramente dos cosas: en primer lugar, el incremento de consumo determinado por el movimiento natural de las necesidades de los individuos y por la tendencia de éstos á satisfacer esas necesidades de la mejor manera posible, y, en segundo lugar, el incremento de consumo determinado por lo que se puede llamar el extravío en el uso de la riqueza. Trataré separadamente de uno y de otro, en su orden.

Como las necesidades humanas crecen en número y en intensidad y varían en especie á medida que el hombre se desarrolla física, intelectual y moralmente, y como aquéllas, en continuo movimiento progresivo, constituyen estímulo permanente de las facultades productivas del hombre, de ahí resulta que los objetos que satisfacen ó han de satisfacer tales necesidades, eso es, los objetos de consumo, siguen en cuanto á cantidad y calidad aquel mismo movimiento hacia adelante, se diversifican con los avances de las industrias y se difunden por el espíritu de imitación entre las diversas clases sociales y entre los individuos de éstas. El progreso de las potencias humanas impone al hombre mayores exigencias, y ellas se traducen por el tra-

bajo en los medios para satisfacerlas. Las necesidades crecientes determinan la invención, y ésta á su turno crea nuevas necesidades. Ese movimiento gradual y paralelo de las necesidades y de los medios, que arranca, como se ve, de la tendencia natural del hombre al mejoramiento de las condiciones de la vida y que no se limita á las comodidades materiales, sino que abarca también el perfeccionamiento del individuo por la introducción de lo ideal en las costumbres, determina cierto incremento en los consumos que es efecto y causa á la vez del mejoramiento espiritual del hombre y del adelanto industrial. Ese incremento, que resulta del juego natural de las leyes económicas y que es manifestación precisa del progreso indefinido de la humanidad, en el sentido católico de la expresión, no viola, según todo lo dicho, las reglas de la moral, y es lo que constituye el *lujo sano*.

El extravío en el uso de la riqueza consiste en la aplicación de ésta, no á la satisfacción ordenada de las necesidades y á las operaciones industriales, sino á consumos excesivos determinados por la sensualidad, la vanidad y los demás vicios á que el hombre está expuesto. La exhibición de gran número de servidores ó lacayos, casi sin ocupación, propia de los tiempos primitivos, de la edad media en Europa y de los pueblos orientales en la actualidad; la ostentación de joyas con profusión, de vestidos costosos y de objetos de gran valor, que representan consumos en demasía, superiores á lo exigido por lo que es el natural y discreto adorno de las personas y las habitaciones, hechos muchas veces con perjuicio de la satisfacción de necesidades esenciales y de gustos delicados y que ordinariamente no guardan proporción con los recursos pecuniarios de los individuos; los grandes festines en que domina la prodigalidad propia de los vicios y los excesos de todo género; los consumos, en suma, que responden al propósito deliberado de alcanzar visó en la sociedad, ó á la satisfacción de pretensiones extravagantes, ó de emulaciones mal inspira-

das ó de vicios de todas clases, todo eso encarna extravío en la aplicación de la riqueza y constituye el *lujo mal sano*. Este lujo es inmoral porque separa al hombre de los fines á que ha sido destinado, porque pervierte el criterio de las gentes por el ejemplo é inclina á los individuos á medios vedados para la consecución de satisfacciones vanas y de concupiscencias repugnantes. Y es pernicioso ese lujo para el proceso económico porque enerva á los individuos, debilita el ahorro y merma la capitalización.

Se ve, pues, que de las tendencias humanas determinantes del incremento de los consumos que constituye el lujo, aquellas que se desarrollan dentro de los límites de lo honesto, lo racional y lo justo, es decir, las tendencias hacia el bien, dan lugar al lujo sano, y que aquellas que se desarrollan en el hombre bajo el influjo de pasiones y vicios que le amenguan su libertad natural y le inclinan á la violación de la ley moral, esto es, las tendencias hacia el mal, dan lugar al lujo malsano.

Pero es muy difícil distinguir el lujo sano del nocivo, pues fuera de que en lo general no es posible conocer con precisión los medios pecuniarios de los individuos, á fin de saber si los consumos guardan proporción con ellos, sería preciso, para poder establecer la distinción, escudriñar en cada caso el fuero interno de los consumidores, á propósito de determinar las tendencias á que los consumos obedecen. No se puede, por lo tanto, combatir el lujo malsano por medio de sanciones legales de género alguno, sin ocasionar errores perniciosos en la aplicación. Las antiguas leyes suntuarias y los impuestos suntuarios de nuestros días carecen, pues, de base racional, y los últimos adolecen, además, como es sabido, del grave inconveniente de que inducen á la industria inmoral del contrabando, y resultan de seguro ineficaces.

Se sigue de ahí que la acción contra el lujo malsano debe emanar de la conciencia de los individuos y que no se puede hacer de aquélla objeto de las leyes del Estado. El

hombre se inclina naturalmente al bien, puesto que está dotado de razón, pero por su flaca naturaleza se halla expuesto al extravío. Es obvio que lo único que previene ese extravío con eficacia es la educación moral bien dirigida. Quiere esto decir que en los principios de la moral cristiana es en donde los individuos y las sociedades encuentran recursos contra el lujo pernicioso.

Hijas de esos principios son las sociedades de temperancia y algunas otras instituciones de carácter privado que han dado buenos resultados en países avanzados. E hija de esos mismos principios es la labor eminentemente cristiana y verdaderamente civilizadora, encaminada á dirigir la educación de los individuos de modo de inclinarlos en todo á la vida sencilla; la cual consiste, á mi ver, en no descuidar en ningún caso los fines supremos de la existencia, hacer fecunda ésta por el trabajo y no dejarse gobernar por los dictados de la vanidad y de los demás vicios.

Cabe aquí decir con el distinguido profesor C. Wagner:

“Aspirar á la vida sencilla es propiamente aspirar á cumplir el más alto destino humano. Todos los movimientos de la humanidad en busca de mayor justicia y más luz, han sido al mismo tiempo movimientos hacia una vida más sencilla. Y la sencillez antigua, en las artes, en las costumbres, en las ideas, no conserva para nosotros su incomparable valor, sino porque ha llegado á dar un relieve poderoso á algunos sentimientos esenciales, á algunas verdades permanentes. Hay que amar esa sencillez y esforzarse en conservarla piadosamente. Pero no habría recorrido más que la centésima parte del camino el que se atuviera á las formas exteriores, y no tratara de realizar el espíritu. En efecto, si nos es imposible ser sencillos en la misma forma que nuestros padres, podemos seguir siéndolo ó volver á serlo con el mismo espíritu. Caminamos por otros senderos, pero en el fondo el fin de la humanidad sigue siendo el mis-

mo: siempre la estrella polar guía al marino, ya navegue en barco de vela, ya en buque de vapor.”

— Y decir vida sencilla, vale decir vida cristiana.”
He terminado.

JUSTINIANO CAÑON

Bogotá, 31 de Octubre de 1910

LA CHIMENEA

1910

*Muy respetuosamente
à la Sra. D.^a Emilia Ortega de Carrasquilla.*

Ya el cometa de Halley llega envuelto
En el diáfano azul del claro oriente,
Y antes que el sol, de Monserrate esbelto
Con diadema de luz ciñe la frente.

Si en tu belleza el mundo se extasía,
¿Quién no salta del lecho, astro gigante,
Para mirar tu aparición tardía
Y tu albo brillo de imperial diamante ?

Mas, aunque de éste al otro sitio avanzo
Por contemplar tu luenga cabellera,
A medir con los ojos nunca alcanzo
Tu longitud en la celeste esfera.

De tu inmenso cuadrante algo se queda
Del alero ó del muro tras la arista....
¿ Es preciso ascender á donde pueda
Del oriente al cenit tender la vista !

Mas qué hacer, si el saludo de la aurora
Aguarda soñoliente el vecindario ?
¿ Cómo asaltar en tan temprana hora
De la próxima iglesia el campanario ?